

fácil, con grande atrevimiento y poco escrúpulo: todas las dificultades se aglomeran en la salida. Los muñidores, encaminados al punto de su marcha objetivo, desde la Bastilla, por el barrio de San Antonio primero y después, por la calle de San Honorato, dejaron á un lado el jardín de las Tullerías, para no molestar al Rey ni siquiera con el fragor de la manifestación, con el vocerío de los manifestantes, y prefirieron penetrar dentro del Congreso por la parte que daba sobre la galería y patio llamados de los Fuldenses. Varios zapadores abrían la marcha, y al abrirla, mostraban la complicidad latente de una parte del pueblo armado con los tumultuosos; y tras estos zapadores venía un carro engalanado, sobre cuyas tablas, muy limpias, presentábase tendido un álamo de Lombardía, destinado á representar en un patio cualquiera del edificio de la representación popular, el árbol de la Libertad. Los pueblos ignoran las maravillosas funciones del árbol en los elementos químicos de la vida universal; no saben cómo sus raíces tienen bombas absorbentes de los jugos terrestres, las cuales metamorfosean en materia orgánica la materia inorgánica; no saben como sus hojas despiden, heridas por el éther celestial, un misterioso incienso, un oxígeno, sin el cual jamás tendría el planeta nuestro su respirable atmósfera; no saben que atrae las lluvias, y con atraerlas, conserva la humedad indispensable al mundo vegetal y á su contacto con el mundo mineral; no saben cosa ninguna de todas estas alquímicas funciones, pero ven la fresca frondosidad suya, el arrimo y sombra que les da, las flores con que se corona, los frutos que brinda, los nidos que pían en sus ramas, los aromas de sus savias, las mieles destiladas por sus troncos; y lo han hecho el símbolo de todas sus grandezas; y desde los olivares de Minerva en Atenas á los terebintos de Jehová en Jerusalén, desde las encinas que cubren los dolmenes celtas á los árboles de la libertad modernos, que significan triunfos del progreso, señalan su gratitud á este misterioso laboratorio de sustancia vital por los beneficios recibidos de su seno, y le han dedicado directa ó indirectamente religioso culto. Y así, en esta ocasión, todos procuraban plantar el árbol de la libertad, apropiado, y mucho, al medio ambiente que la revolución había producido, promesa de progresos, en los cuales creían las gentes revolucionarias como pueden creer los devotos en sus milagros. Así, mientras unos revolucionarios plantaban el árbol de la libertad en los patios; otros discurrían por los corredores; muchos, después de haber atravesado el Congreso, en procesión, ingresaban dentro del espacio mediador entre los jardines de las Tullerías la terraza de los fuldenses; una inmensa multitud se había poco á poco aglomerado en la verja del jardín real. Allí víéronse de súbito entre el martillo y el yunque; corriendo los abogados á la verja del jardín riesgo de ser aplastados por cuantos había detrás, y que adelante les impulsaban por medio de inmensa presión y esfuerzo, sin saber, sin recordar el obstáculo férreo, contra cuyos barrotes se reventaban los de primera fila, todos sin excepción. Al ver como van á pasar mil desgracias, los guardianes de la verja corren á Palacio en demanda del permiso necesario para en aquella ocasión

abrirla del todo al pueblo. Vueltos con la orden, la verja estaba por el suelo y los manifestantes dentro del jardín. Dos batallones de Milicia Nacional guardaban el Palacio y se oponían á toda invasión. Pero, las consignas no eran bien claras, y la orden de repeler la fuerza con la fuerza no había llegado; los milicianos, en vez de requerir sus armas, requerían sus lenguas, y predicaban á los tumultuosos la completa imposibilidad moral de penetrar en el santuario donde se guardaba el regio ídolo. Buen caso hacían de imposibilidades materiales aquellos manifestantes, contando como contaban á una con la posibilidad material de penetrar en el edificio, á donde les impelia su instituto. Y sin embargo, muchos de la guardia nacional creían estar allí para un ministerio tan claro como preservar el palacio de toda violación y mandaban poner los cañones en batalla. Delante de tal amenaza la multitud se detuvo; pero no se disolvió. Quedóse allí serena, como si ningún peligro la cercase, oponiendo al daño próximo una consciente indiferencia y perseverando en penetrar dentro. Al momento de tomar los populares tal actitud aparecen las dos personificaciones más visibles de aquel esfuerzo: Santerre y Saint-Huruge, preguntando á las muchedumbres por cual causa no entraban en el Palacio y en sus Cámaras. Oír esto ellas y penetrar dentro del Palacio; penetrar dentro del Palacio y subir por las escaleras, fué obra todo ello de minutos brevísimos.

Jamás se habían tomado más precauciones y reunido más fuerzas para evitar un asalto al Palacio y al Rey un disgusto; la muchedumbre, con fuerza y aire de verdadero elemento, hacía saltar todos los diques, todos los contrafuertes, todos los muros opuestos á su marcha. Parecíase aquello á una inundación imposible de contener, á una tormenta imposible de conjurar. El Directorio tomó cuantas medidas estaban en el radio de sus facultades. Había hecho el alcalde todo lo posible, ya que no para impedir la manifestación, para encauzarla. El Poder legislativo entraba de rondón en facultades anejas al Poder ejecutivo y trataba con la policía como si ésta se hubiera elevado á un poder público y él á una dependencia de gobernación. Unos diputados contrastaron cuanto pudieron la entrada del tumulto dentro de aquel sagrado recinto y pensaron otros en que una comisión de veinte acudiese al Palacio con prontitud desde la Cámara y preservase al Rey de todo desacato. El comandante general de la plaza llevó al jardín de las Tullerías y al espacio de ingreso en este jardín lo mejor de sus tropas. Seis batallones de la Milicia nacional resueltos guardaban todas las salidas. Por un lado agentes de orden público; por otro lado guardias populares de seguridad; aquí regidores monárquicos del ayuntamiento; allí síndicos de la diputación; los caballeros del puñal dentro de las cámaras jurando por su honor aceptar la muerte antes que ver el desacato; en todas partes medios de resistencia formidables, pero en parte alguna deseo de combate, los avanzados temiendo la muerte violenta del Rey ó de la Reina que deshonrase para siempre la Revolución ó la detuviese, los conservadores temiendo que diluviase la sangre del pueblo á torrentes por las escaleras del Real

Palacio y se perdiesen para siempre así la Monarquía como la Constitución. Los espectros levantados en todas las conciencias y en todos los ánimos por el horrible recuerdo de las matanzas del Campo de Marte impedían toda eficaz acción y transtrocaban aquel combate que pudo ser de armas en un combate de frases. Con decir que un cañón emplazado á la puerta del Palacio por los milicianos fieles en su defensa, fué cogido, alzado de su cureña, puesto en hombros de aquellos forzudos, y subido á la Real Cámara por tal titánica manera, está dicho todo. Así cambiaban los defensores de la Monarquía en aquel momento las manos por las lenguas. Uno de los más audaces, encarándose con el cabecilla Santerre, le llamó perverso y desalmado; le dijo que perdía con sus consejos y con sus maniobras aquellas pobres gentes; le recordó la terrible responsabilidad contraída por sus tremendos actos. Volvióse con mucha sorna el insultado y miró al jefe de las muchedumbres armadas, al carnicero Legendre, ido allí para detener todo movimiento que pudiera resultar de hostilidad al pueblo. Legendre le animó con la mirada y con el gesto corroborándole por completo la idea de que no temiese carga ni resistencia del pueblo armado. Entonces, en verdadero son de burla, Santerre dijo la jácara de que constase cómo rehusaba dirigir al pueblo en su invasión de las Tullerías. Y las Tullerías fueron invadidas. No había en ellas resistencia posible después de haber subido el pueblo las escaleras y entrado en los salones. Sospechosos los suizos de la guardia palaciega siempre al pueblo, estaban acampados en las cercanías. La guardia constitucional, disuelta por el Congreso, y subsistente á pesar del decreto disolviéndola, no había recibido ninguna orden de defender al Rey, orden que hubiera obedecido con obediencia ciega y extremado, por las muchas ganas que tenían de medirse con el pueblo y arrollarlo de una vez para siempre. Discurrían por aquellas salas espléndidas los caballeros del puñal, vestidos de negro todos, y semejantes á guardianes de cementerio y esbirros de corte. Ninguno servía en aquel trance para cosa ninguna, igualmente odiados de la izquierda y de la derecha, por cómplices de la emigración, y á pesar de la complicidad, no querer acompañarla y seguirla. El Rey además confiaba en Pétion. Su índole optimista, consecuencia indeclinable de su buen genio y de su excelente natural hacíanle confiar en Pétion. Y luego tenía tal idea de su poder y de su autoridad, juzgábalos tan indispensables á Francia, que nada temía y de nadie recelaba, cogiéndole de improviso aquella manifestación horrorosa en la mayor serenidad.

Suenan las cuatro de una estival tarde muy hermosa. Y las Tullerías experimentan invasión terrible, como si fuese un palacio tan sólido, buque náufrago en altas aguas del mar. Imaginaos las condiciones que se pedían á una persona, los cuarteles que se necesitaban en el escudo, las reverencias que se debían hacer, las fianzas que se debían prestar, los ritos de la secular etiqueta borbónica necesarios para penetrar dentro del Palacio de los Monarcas y departir con éstos, colocados sobre las gradas de un altar y bajo la estera de un solio, entre nubes que huelen á incienso, y corte remedando en jerarquía la Corte Celes-

tial; imaginaos todas estas ceremonias, comparadas con aquella irrupción, á que preside toda irreverencia, y donde los congregados, lejos de prestar culto á las antiguas divinidades, les piden cuentas y les imponen responsabilidades, y este paralelo sabrá mostrarnos cómo, no sólo han concluido las viejas ideas, han á la par concluido también los viejos sentimientos que estas ideas caldeaban á una y esclarecían, lo mismo con su etérea luz que con su vivificante calor. Algunos guardias interiores aun quedaban; mas, como no les dieran orden de ningún género, ni les comunicaran la menor consigna, una parte corría desbandada por los salones, otra parte, mal de su grado engrosaba la manifestación, otra parte quedaba en el sitio donde le sobrecogiera la catástrofe, cual aquellos soldados de Pompeya, sobrecogidos y petrificados por las ardientes lavas del Vesubio. Y como no les oponían obstáculo de ningún género, lo mismo se paseaban por el salón de los Suizos, llamado más tarde salón de los Mariscales, que por la sala de los Guardias, y la cámara de Luis XVI, y la cámara donde se lucía el lecho de aparato, y el gran gabinete, llamado más tarde salón Luis XIV, y la galería de Diana. Yo he visto las Tullerías aún de pie; las he visto habitadas por el Monarca postrero de Francia en este siglo; las he visto con todo el esplendor de una corte imperial; y, mapa histórico antiguo en mano, he recorrido aquellos espacios llenos de tantos recuerdos y tradiciones, evocando con el pensamiento y la fantasía todos estos pasos y todos estos personajes, cuyas sombras no se habían podido borrar aún de aquel recinto por donde volaban, como vuelan por las conciencias no encallecidas los viejos remordimientos. Mas, recojamos las múltiples alas de nuestros fantaseos, y continuemos la serie lógica gradual en el espacio y en el tiempo, sin la que sería imposible la Historia. Primero entraron los irruptores en el salón de los Suizos, y en el salón de los Guardias después, sin que nadie les pusiera inconveniente ni dificultad de ningún género. Mas, cuando quisieron pasar de tales amplios espacios, análogos con verdaderas galerías, al cuarto particular del Monarca, encontráronse con las puertas á llave cerradas, y tuvieron que detenerse, airándose y exasperándose los allí detenidos de una manera espantosa, como torrente despeñado á que no le abren cauce, sino le oponen obstáculo. Irritación, irritación grandísima en todos al insuperable obstáculo; porfía por penetrar después de la irritación; derribo de puertas subsiguiente á la porfía; el arrollamiento y la inundación de todo. Luis XVI, en tal momento, encontrábase con su familia dentro del amplio cuarto de dormir, el cual comunicaba con los grandes gabinetes, que tenían vistas y daban al jardín. Toda la tarde había estado recibiendo el Rey recados, toda la tarde había opuesto á los universales terrores una olímpica serenidad. Lo vulgar de rostro y facha, el aspecto de burgués ennoblecido, aquella ordinaria figura, le añadían majestad, porque le quitaban todo aspecto artístico y teatral, que hubieran afeado sus naturales y simples ingenuidades. Un jefe de la Milicia, que se hallaba entre los guardias en aquel momento, corre desalado al retiro de la familia real, y á Luis XVI ruega se muestre al pueblo y á su encuentro corra con

presteza y serenidad, antes que lo halle mal de su grado, y chocando con él de una manera violentísima, en tanto choque lo insulte y lo denueste y quizá lo maltrate hasta de obra. Luis XVI, aunque mal guardado por tanto guardia; mal advertido por tanto consejero, puesto en berlina por el alcalde Pétion, abandonado del Congreso á una irrupción como aquella, sorprendido por el diluvio, no sufre un estremecimiento, no profiere una queja, no se vuelve á dolerse de nadie, ni á reconvenir á nadie, seguro de que los dados de su nefasta suerte todos están echados y todos están perdidos; y va conforme y cabizbajo hacia la multitud, como aquellas antiguas víctimas humanas, que representan la hija de Jephthé y el hijo de Abraham yendo al sacrificio para ser un holocausto á su Dios y una transfiguración de su persona.

Cuando el Rey se parte, la Reina quiere acompañarlo y se coge á su brazo. Mas todo el mundo sabía que, si bien el Rey estaba en gravísimo peligro, no lo estaba tanto como la Reina, objeto capital de las populares iras. Un esfuerzo material incontrastable fué preciso hacer para muy resueltamente asirla y encerrarla en el gabinete de su hijo, donde abrazada con éste y con la princesa real, sollozando, golpeándose, medio caída en el suelo, parecía una estatua viva del dolor, como la Niobe de los antiguos tiempos y de las artes antiguas. El Rey tiene á su lado la princesa Isábel, modelo de verdaderas hermanas, quien, amando muchísimo á su hermano y teniendo ideas absolutistas, aunque no quería mucho á la Reina y menos quería la disminución de su hermano en el régimen parlamentario, jamás quiso irse á la emigración, y junto á los suyos permaneció hasta que le segó el verdugo la garganta. Algunos caballeros del puñal, tres ministros de la corona, un teniente coronel de la gendarmería, varios granaderos de la milicia corren, al ver el naufragio, deseosos de compartir su nefasta suerte y ahogarse á su lado en el naufragio.—«A mí, gritó el Rey, á mí, guardias.»—«Señor, no tenga V. M. miedo», le dice un guardia.—«Yo nunca lo tuve», contestó el Monarca, y cogiéndole al granadero la mano, pónela sobre su corazón. En efecto, latidos del corazón, latidos del pulso, latidos del cerebro seguían su tranquilo movimiento, porque Luis XVI se había resignado á la muerte y puesto su pensamiento en la inmortalidad. La hermana del Rey no tenía en estos minutos tan duraderos como la eternidad, otro pensamiento que salvar á su hermano. Bien lo necesitaba, pues el Rey circuido de los escasos defensores arriba mencionados, oía los clamores tempestuosos de la multitud y los golpes dados con los fusiles en las débiles puertas que de la multitud lo separaban. Después de reflexionar un poco, manda, muy soberano de sí mismo, abrir en seguida. El torrente se precipitó, y Luis XVI no se desconcierta. Entre las vociferaciones silencioso, bajo las amenazas sereno, contra los denuestos arrogante, de los puños mostrados á sus ojos y de los insultos escupidos á su faz despreciativo, sus partidarios dicen que Luis XVI nunca fué tanto Rey como en esta pasión, cual dicen los cristianos que Cristo nunca fué tanto Dios como en la Cruz.—«Héme aquí, dice Luis XVI, héme aquí, ni en